

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

EL PURGATORIO

Quare oblitus est mei? Job.

EMBOTADOS nuestros sentidos por el tráfago y roce continuo con las cosas de este mundo, apenas nos es dado sentir nada las cosas del espíritu. Necesitamos para ello una excitación potente, algo que nos haga salir del narcotismo mundano en que vivimos sumidos. Por eso la Iglesia, esa institución divina que vive en el tiempo la vida de la eternidad, no se cansa de llamar á las puertas de nuestra alma, de excitarnos á sentir con ella las sensaciones de lo ultraterreno, las impresiones de lo sobrenatural.

No es otra cosa el fúnebre sonido de la campana que toca á muerto, no tiene otro significado el negro crespón que cubre el túmulo y el cirio que arde en derredor, y para nada más vale el lúgubre acento con que el sacerdote entona el «Dies irae». Todo esto voces son de la Iglesia, aldabazos que da en las puertas de nuestro endurecido corazón, para sacarnos del mortal letargo en que vivimos, y hacernos pensar en la eternidad y en los que allí moran: los muertos.

¡Los muertos!

¿Y quiénes son los muertos? Es mi padre— parece que lo estoy viendo— es mi padre á cuya agonía asistí en silencio con los ojos arrasados en lágrimas y la respiración cortada por los gemidos. Es mi madre, que en el supremo instante me envió su bendición diciendo: «¡Quién pudiera abrazarte antes de morir, hijo mío!» Son mis hermanos que me amaban con delirio. Es la esposa amante, es el esposo querido, es el inolvidable hijo.....

Lector amigo ¿no sientes en tu corazón el vacío infinito que alguna de estas personas en él dejaron? Estos son los muertos.

Escúchame, pues, un momento, voy á hablarte el lenguaje de ellos; quiero decirte alguno de sus sentimientos, un poquito, sólo un poquito de lo que ellos te contarían, si el silencio de la eternidad no sellara sus labios. Excuso decirte que debes escucharme con oídos de cristiano, de otro modo no entenderías mi lenguaje. Oyeme atento y medita en tu corazón.



—Era una noche de invierno, el 18 de Enero. ¿No es verdad, hijo mío?

—Sí, padre querido. Bien me acuerdo. Era una noche muy triste: el huracán rugía horriblemente, el cielo estaba plomizo, mientras blanca alfombra de nieve cubría el suelo. A los pies de tu lecho estaba yo con una vela en la mano, y á tu lado un venerable sacerdote recitaba las preces de los moribundos, á las cuales tú contestabas con piadosa y apagada voz. Era yo muy niño, y recuerdo que lloraba. En mi memoria tendré eternamente grabadas las últimas palabras de tus labios, que fueron la respuesta á las palabras con que terminan las sagradas preces. Después de ellas se inclinó suavemente tu cabeza; quedó blanco como los ampos de la nieve tu rostro y..... «¡Ha muerto!» dijo con voz grave el sacerdote. De todo esto me acuerdo perfectamente, padre mío. Paréceme que aún resuena en mis oídos el lúgubre «¡Ha muerto!» Paréceme que aún veo amortajado tu cuerpo. «¡Padre, padre mío!» dije al pie de tu lecho mortuorio, y no pude hablar más, y lloré, y amargas lágrimas fueron mi pan aquella noche..... ¡Padre, padre mío!

—Cesen ahora tus gemidos, hijo querido, bien sé que me amas. Por eso vengo á hablar contigo. Escúchame, y luego dame muestras de tu amor, no con lágrimas, sino con oraciones, que ésta es la muestra de cariño que aman los muertos, ya que ellas alivian sus penas y no los gemidos.

—Pero ¿qué penas padecen los muertos? ¿Sufres tú todavía, padre mío?

—Bien se conoce que hablas como si aún fueses niño. Oyeme: Apenas se cerraron mis ojos, entré en una región jamás hollada de los vivos, á mi vista con célestes resplandores esclarecida apareció aquella alma, región luciente en cuyo centro brillantísimo tiene su trono de margaritas y topacios fabricado el Hijo del Hombre, instituído por Dios, juez

de vivos y muertos. Al instante me ví envuelto en una luz vivísima que, penetrando en lo más escondido de mi alma, dejóla iluminada más allá de cuanto es dado á concebir al humano entendimiento. Con esta claridad soberana, destello de la infinita, comprendí perfectísimamente la horrible fealdad de mi espíritu en un abrir y cerrar de ojos: las faltas más ligeras, que en ese mundo cometemos, me aparecieron entonces como manchas muy negras, que empañan de un modo inconcebible la hermosura del alma. Juzgué entonces mi conducta de muy distinta manera de lo que en ese mundo la juzgaba. Vi toda mi vida llena de ofensas al Bien divino, manchada con infinitos pecados y miserias. Tan detestable aparecí á mis propios ojos, que casi me creí condenado, y antes me hubiera lanzado yo mismo á lo más profundo del infierno, que permanecer así en la presencia del Juez Supremo. Al mismo tiempo sentí en mi alma ansias infinitas de abrazarme á aquel Bien sumo, de sumergirme para siempre en el piélago de su soberana hermosura. Halléme, pues, horriblemente atormentado por dos fuerzas violentísimas: una me impulsaba hacia Dios con ansias de muerte, y otra me apartaba de El con potencia irresistible. Venció por fin mi repugnancia á unirme al Bien divino mientras estuviese de aquel modo manchada mi alma, y lleno de rubor y amarguísima pena huí de la presencia de Dios, que tanto horror me causaba. Huí silencioso y tranquilo, acompañado de la santa esperanza al lugar de purificación en donde ahora me hallo.

— Y ¿padeces mucho en ese lugar, padre querido?

— Padezco tanto que no es posible al entendimiento humano comprender mis penas. Sufro tormentos de muerte que en vez de matarme acrecen mi vida; llamas que me abrasan, fuego horribilísimo, que me purifica, y deseo infinito de unirme para siempre á la suma Bondad; deseo que aumenta á cada instante y hace más intolerables mis sufrimientos. Ningún tormento hay sobre la tierra que pueda compararse al mío. El fuego, los hierros candentes, los potros, garfios y demás espantosas torturas que sufrieren los mártires no son nada en comparación de mis penas; á mí y á los que conmigo sufren nos parecen todas esas cosas regalos del Amor divino cuando las comparamos con nuestros padecimientos. Y así son á la verdad. Ningún mártir hubiera trocado sus dolores, aun cuando durasen siglos, con la condición de estar aquí breves momentos. ¡Oh, hijo mío, si los mortales com-

prendiesen algo nuestras penas! Quizás trabajasen más por aliviarnos, quizás procurarían ser mejores para no caer en estos horrorosos tormentos.

—Y ¿qué he de hacer, padre querido, para aligerar tus penas, y sacarte, si es posible, de ese lugar?

—Todo género de obras buenas, hechas en gracia y ofrecidas á Dios por los difuntos, valen para nuestro alivio; pero lo que sobre todo calma nuestros pesares es el santo sacrificio de la Misa oído con devoción; también nos alivian en gran manera la comunión fervorosa, el rezo del Rosario y demás devociones indulgenciadas: las indulgencias sirven grandemente para satisfacer á Dios por los difuntos.

—Todas estas cosas haré en adelante con más fervor y frecuencia. Pero decidme, padre mío, ¿todo lo que se ofrece por un alma se lo aplica Dios á ella exclusivamente de modo que las otras no participan?

—No, hijo mío. Los sufragios de la Iglesia son distribuidos por Dios según sus justos juicios. Mucho, muchísimo valen los sacrificios y oraciones para los difuntos; pero con todo nadie saldrá del purgatorio sin pagar hasta el último cuadrante, sin satisfacer á la divina Justicia por la más leve de las ofensas contra ella cometida. ¡Ay de los que confían únicamente en los sufragios para continuar viviendo tibia y flojamente! Por muchos que se le apliquen no dejarán de sufrir los efectos terribles de la indignación divina.

—¿Qué faltas se castigan más en el purgatorio, padre mío?

—Después del pecado mortal, confesado y perdonado ya cuanto á la culpa en esa vida, vienen los pecados veniales deliberados y habituales: el menosprecio de los llamamientos divinos, las negligencias en el servicio de Dios, el poco fruto en la recepción de los sacramentos y las faltas de caridad para con nuestros hermanos, á quienes Dios mira como hijos queridos. Estas faltas y sobre todo las que se refieren á la santa caridad, ya para con nuestros prójimos, ya para con Dios son aquí terriblemente castigadas.....

* * *

Iba á contestar, y no tuve á quién. Halléme solo. Un vago sentimiento de terror invadió todo mi sér. Pensé en los difuntos..... Mi padre, mi madre, mis hermanos, muchos de mis amigos han muerto. Quizás todos ellos reclaman el

auxilio de mis sufragios: acaso todos á una dicen con Job: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei!* ¡Piedad, ten piedad de nosotros siquiera tú que te precias de ser nuestro amigo!

Mientras yo así pensaba, acordándome vivamente de las palabras de mi padre, la campana allá lejos tañía á muerto; su son quejumbroso erizaba el cabello, y despertaba en los mortales el sentimiento de la eternidad, el recuerdo de los que han sido. ¿Por quién tocan? pregunté á uno que por acaso por allí pasaba.—Es el día de los Difuntos, me contestó, y pasó ligero.

¡Los difuntos! Nunca te olvides de ellos, lector querido. Hoy son nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos; mañana seremos nosotros uno de ellos. Lo que hoy reclaman de nuestro cariño, otro día lo pediremos con tristes lamentos. Quizás no esté lejos el término de nuestra mortal peregrinación, y acaso al fin de ella, al traspasar los bordes de la vida, volvamos nuestros ojos hacia las personas queridas, que en el mundo hemos dejado, y les digamos: ¡Piedad, tened piedad de mí á lo menos vosotros, mis amigos!

FR. J. M.^a

EL ROSARIO DE LA AURORA

QUÉ bien se vive en los pueblos donde el espíritu cristiano de nuestros padres y de nuestros abuelos persiste aún lleno de vigor y de ternura y de espirituales encantos!... De aquel pueblo había yo salido de muy niño. Al volver á él ahora, hecho ya hombre, llovió sobre mi alma una multitud enormemente grande de impresiones vivas y hondas, tan vivas y tan hondas como pocas veces las he sentido. Al estrechar las manos de los que me querían, la emoción de sus almas, la emoción de ellos, se comunicaba á mi corazón intensificada, reforzada... Las lágrimas, las palabras, las sonrisas, las caricias, los recuerdos..., todo llegaba á mi alma convertido en ese lenguaje de fuego, ingenuo y fuerte, que se oye una vez para no olvidarse jamás.

A las veces tenía que hacer grandes esfuerzos para identificar las personas y las cosas y los lugares. Después del esfuerzo la sorpresa era aún mayor, y la emoción mayor. Cree uno que las cosas que llegan al alma nunca se olvidan, y esas cosas que están olvidadas y que hay que recordar para identificarlas con las que se tienen ante los ojos, son las que precisamente llegan al alma. En fin..., impresiones tuve muy fuertes, y oí nombrar muchísimas veces á mi madre difunta y evocar sus recuerdos y llorar por ella..., y llorar por mí, de gozo unos, de una cierta conmiseración que apenas me explico, los restantes. Mi espíritu estaba ya lleno *accablé*, colmado de sentires hondos y como agobiado, aplastado por ellos. Era un sábado por la tarde, y me retiré definitivamente á mi cuarto para no hablar ya aquel día con nadie. Tenía un cansancio psíquico, espiritual, muy grande, y mi alma necesitaba descansar en la soledad, olvidando, durmiendo.

.....

Era ya la madrugada del domingo; tempranito aún, muy temprano. Todavía duraba mi sueño reparador y tranquilo, sin duda más agradable y más profundo que de ordinario, por la prodigiosa acervidad que desarrollaba mi espíritu volviendo y revolviendo y combinando de mil caprichosas maneras las imágenes bellas, las impresiones hondas y agradables. Pero aquella vida de ensueños, por agradable que fuese, además de ficticia y vana, era muy incompleta: faltaba el elemento bello y agradable más que todos los demás, la impresión magna que no había pensado ni previsto, y que me asaltó, me sorprendió con toda su fuerza...

Dejé de dormir y de soñar. Al pie de mi cuarto un grupo de diez y seis á veinte hombres, tornidos, valientes y buenos, cantaban á voces también fornidas y valientes y buenas:

Salve, Virgen santa;
Salve, Virgen Madre;
Salve, Virgen pura;
Salve, Virgen, salve.

.....

Una sacudida violenta hirió las fibras de mi alma. Sin darme cuenta me encontré en la ventana de mi habitación, con el corazón completamente conmovido y completamente

abierto, quería en un solo instante percibir aquella escena, apresar todos sus detalles sin perder ninguno...

Aquellos diez y seis ó veinte hombres terminaron su cántico; una campanilla hizo la señal de partida y aquel grupo de fornidos y valientes y buenos, comenzó á moverse. En medio de ellos lucía un farolito portátil; delante la campanilla cuyos golpes se repetían con regularidad... Los cantores caminaban en silencio. Estaban ya á unos cien pasos y la campanilla duplicó su golpe. Se oyó un cuchicheo breve y nada disimulado... después la última señal de la campanilla y el cántico á la Virgen:

Virgen santa, siempre amable,
Nuncio y prenda de ventura.

.....

Pide á Dios que sin agravio
De tu gloria excelsa y pura,
Fervoroso nuestro labio
Lo pronuncie al espirar.

.....

Calló el coro y se movió el grupo, el farolito; se oyó el sonido acompasado de la campanilla, y momentos después aquella comparsa tan simpática y tan espiritualmente bella, dobló una esquina, tomó otra calle y desapareció.

Hacía muchos años que no había presenciado escena tan sencilla y tan cristiana. Me pareció muy bello y muy religioso ver á un grupo de veinte hombres saludando á la Virgen Santísima con cánticos de amor á las tres de la mañana, y recorrer así una población de cinco mil almas, recibiendo el saludo silencioso y reverente de todo el mundo y despertando á las gentes para que acudan á tomar parte en el otro saludo, en el otro cántico, en el cántico mariano por excelencia, en el Rosario de la Aurora.

Aquellos hombres eran los *despertadores*; el pueblo así los llama. El objeto primario de sus cantos es despertar á las gentes y advertirlas que se acerca la hora de salir el Rosario. Y al oír á los despertadores, en todas las casas hay movimiento, pues un individuo, al menos, de cada una ha de asistir indefectiblemente al Rosario de la Aurora. Minutos después del *paso de los despertadores* se oye el continuo *rig raj* de las cerrajas que se descorren, el áspero rozar de las

grandes puertas que giran sobre sus goznes, el andar sordo, el hablar bajo de los grupos que por la calle oscura, larga y tortuosa avanzan en dirección á la parroquia.

Después de esto me retiré á mi lecho á saborear aquella emoción tan cristiana y tan intensa... y á esperar el Rosario de la Aurora. En aquellos momentos pensé en muchas cosas y bendije en mi corazón á la gente de mi pueblo, que con tanta nobleza y sinceridad y cariño aclamaba á la Virgen Santísima..., y pensé también que se hacía mucho provecho al mundo procurando que hubiese muchos pueblos como mi pueblo, que esto era incumbencia de la gente buena, que debía ser incumbencia mía....

Por fin, llegó también á mi calle el Rosario de la Aurora. Lo primero que apareció fué un estandarte de la Virgen en actitud de entregar el Rosario á Santo Domingo: esto era muy mío. A sus lados, dos farolitos de colores puestos en alto sobre dos astas de madera. Después seguían dos filas inmensas de hombres con las cabezas descubiertas, los brazos cruzados sobre el pecho, haciendo pasar por entre sus dedos las cuentas del Rosario de su hogar... Entre las filas, alguno que otro farol iluminaba el trayecto..., y después de ellas el gran farol, *la farola* - así lo llaman—notable por sus proporciones gigantescas; y detrás de ella otro estandarte de la Virgen, otros dos farolitos y el grupo de cantores fornidos, valientes y buenos, presididos por un señor Sacerdote. Unas cuantas docenas de mujeres, también en filas, seguían al coro de cantores y cerraban la comitiva... La procesión avanzaba. El grupo cantaba á voces el Ave María y el pueblo en masa, las dos filas largas de hombres y las dos filas menos numerosas de mujeres, respondía en su tono popular, millones de veces repetido: Santa María.

Había llegado la procesión á la puerta de mi casa, y yo la observaba absorto. Ninguno de aquellos paisanos supo que allí cerquita, detrás de una cortina, los miraba conmovido un hijo de María, ferviente como ellos. ¡Si fuera alguno de esos otros hombres que no aman á la Virgen...! Llegó junto á mí lo más nutrido, *la farola*, los cantores. Sentí ímpetus vehementes de saludar yo también á la Virgen-Madre, estrella de la mañana, de aclamar á los hijos de mi pueblo, de bendecir á aquellos hombres y devotos fieles de María... Si me hubiera sido dable hablar, hubiera hablado con más elocuencia que nunca: el corazón saltaba de mi pecho, mi lengua se

agitaba en mi paladar, sentí una excitación singular en todo mi organismo. Pero debía contenerme y me contuve... Ví que la procesión avanzaba, y la presencié silencioso... Cuando dobló la calle, en la cual había también perdido de vista á los despertadores, caí de rodillas, y allí, á mis solas, dentro de mi alma, saludé á la Virgen y la hablé de mi pueblo, y la hablé de otros pueblos que no hacen lo que mi pueblo hace... Después, ya que no podía agregarme á aquella procesión de la Virgen, quise recordar lo que aquello era, y recordé que, al llegar á la parroquia, los cantores y el pueblo, postrados en tierra cantan llenos de entusiasmo y de fervor la letanía lauretana, que inmediatamente comienza la misa de la auro-
ra y que después una buena parte de aquel pueblo inmenso se va agrupando alrededor de los confesonarios y espera recogido el tiempo oportuno para sincerar su conciencia delante de Dios y recibir el Pan de los Angeles, y volver á sus casas gozosos y tranquilos á descansar del trabajo rudo é incesante de la semana.

.....
¡Qué bien se vive en los pueblos donde el espíritu cristiano de nuestros padres y de nuestros abuelos persiste aún lleno de vigor y de ternura y de espirituales encantos!

FR. M.

Salamanca, Agosto, 15 de 1909.

LA BLASFEMIA

LA falta de temor de Dios se deja notar, más que en la ausencia de las funciones religiosas y en la inobservancia de los preceptos de ir á misa y confesar, en provocar de palabra la ira divina y los castigos del cielo. Es grande lástima ver cómo se emplea el dón precioso del lenguaje con que el Criador de todo enriqueció al hombre, en maldecir á su mismo Autor, para quien sólo debía tener alabanzas y acción de gracias. Ni es menos digno de lamentar el espectáculo que ofrece el hombre blasfemo ante la Naturaleza entera; pues mientras ésta pregona de mil maneras la magnificencia y la gloria de su Hacedor, aquél se obstina en quebrantar y quebranta este universal concierto de la Naturaleza, despedaza ese ritmo sublime que espontáneamente nace de todas las criaturas, infiriendo á todas ellas un agra-

vio de que tomarán venganza tarde ó temprano, como instrumentos del Todopoderoso. Si los astros del firmamento tuviesen lengua, dirían con amargura que el hombre empequeñece con su despreciable palabra la inmensidad y la grandeza de que ellos dan testimonio. Si el mar pudiese articular los sonidos que se producen en su seno con el choque de las olas y con el remolino de las aguas y de los vientos, increparía duramente al atrevido que tuviese la osadía de despreciar lo que tal poder y tal fuerza manifiestan. Con el blasfemo se encararían la tempestad y el rayo, si comprendiesen el sentido del lenguaje blasfemo y en són de amenaza le harían presente su ceguedad en no temer la justicia terrible que ambos administran. De su parte la tierra firme que pisamos con su inmensa variedad de árboles y frutos; ríos, bosques, valles y montañas, no podría disimular el ultraje hecho á la Sabiduría que tal orden estableció, y se alzaría, si voces humanas tuviese, en coro majestuoso, para ahogar la voz desconcertada de lenguas maldicientes.

Pero si el hombre hace injuria á la Naturaleza entera con blasfemar, la hace aún mayor á la imagen del Criador, que el mismo hombre lleva impresa. En esto se distingue el hombre de todas las demás criaturas, ya irracionales ó bien inanimadas que componen y pueblan el Universo: éstas son vestigio únicamente, huella que refleja más ó menos oscuramente alguna perfección de Dios; aquél, el hombre, además de la parte de gracia y de gloria que puede caberle, según la divina predestinación, tiene en sí, por la sola facultad de conocer á Dios, la imagen de Este grabada con tal expresión de verdad, que supera incalculablemente á todas las criaturas inferiores juntas. No es fácil decir cuánto debe el hombre á esta imagen del Hacedor que consigo lleva. Si hemos oído hablar de grandes filósofos que vertieron raudales de sabiduría en sus escritos, que llegaron á sondear los secretos de la Naturaleza, que adivinaron las profundidades allí contenidas, entendamos siempre que la imagen de Dios es la que guía. Aparece inconfundible la imagen de Dios si queremos contemplarla en los grandes artistas, esos grandes reveladores de adunar el espíritu y la materia en las mil maneras y estilos en que es posible adunarlos. No digamos si se hace palpable la imagen de Dios en las hazañas de los grandes héroes, en el sentimiento profundo del honor y en la aversión á todo lo que pudiera mancharlo. Pero en todo esto hay diferencias individuales; en lo que no puede haberlas, en lo que

toda la humanidad participa igualmente de la imagen de Dios, es en la facultad maravillosa del lenguaje, en la posibilidad de comunicación con todos sus semejantes. Y de este dón precioso é inapreciable, repartido por igual á todos los hombres, se abusa hasta el colmo cuando se blasfema; y por donde debería manifestarse la imagen divina indistintamente en todos los hombres, es por donde esta imagen tiene la suerte de sufrir averías y borrones en muchos de ellos. Porque no cabe duda que la imagen divina se borra del alma del blasfemo, y se borra hasta aniquilarlo moralmente.

La blasfemia es la destrucción de todo lo bueno que en los hombres hay, es el aniquilamiento de lo más grande y venerando que podemos admirar en los seres humanos. Por eso este horrendo vicio viene á ser un crimen de lesa Naturaleza, en primer lugar, y más concretamente, es un delito de lesa humanidad.

Otra circunstancia que concurre á hacer más detestable este vicio, es el ser en extremo contagioso. Y aquí se revela todo lo que tiene de infernal y diabólico, porque se explicaría fácilmente su rápida propagación, si contuviese el acicate del cebo que otros vicios suelen tener para excitación de la humana concupiscencia; mas en la blasfemia no se halaga á ningún apetito sensual, y la facilidad de habituarse á ella no se comprende, si no se supone la presión más ó menos directa del espíritu infernal.

Produjo y producirá siempre la blasfemia un horror instintivo en toda alma que no esté completamente depravada, pues nadie quiere dar en el extremo de consecuencias funestas. Por eso se nota en los códigos de todos los tiempos penado este delito con castigos diversos, acomodados á la moralidad de los pueblos ó bien á la rudeza de sus costumbres. En la Ley Antigua el blasfemo era irremisiblemente apedreado (1). Los sagrados cánones castigan con la deposición al clérigo blasfemo: para los legos señalan la excomunión que debe imponer el juez eclesiástico. Nuestros códigos actuales castigan la blasfemia con penas pecuniarias ó afflictivas, dejando al arbitrio del juez la tasa y determinación de las mismas. Sería de desear que las autoridades persiguiesen de un modo más activo y enérgico esta plaga que amenaza corroerlo todo, destruirlo todo.

(1) Qui blasphemaverit nomen Domini morte moriatur: lapidibus opprimet eum omnis multitudo. Lev. 24-16.

A nosotros, los cristianos, nos incumbe el deber de desagraviar á Dios Nuestro Señor con alabanzas dignas de El, visitándole en el Augusto Sacramento y ofreciéndole el Adorable Sacrificio, á fin de que retire de nosotros los tremendos males que nos amenazan.

FR. A.

UN MODELO DE VIRTUD

No lo he inventado yo: es Fr. Rafael Celestino Goulesque. Todo el mundo puede leer su nombre en el cementerio de Salamanca en la inscripción lapidaria que lleva al frente el nicho de los PP. Dominicos franceses. Su memoria permanece indeleble en el corazón de cuantos admiraron su vida ejemplarísima, y todavía hoy oímos repetir su nombre con respeto por aquellos de sus hermanos que le trataron personalmente. Su biografía, escrita en francés por un P. Dominicó, salió á luz en 1882, pocos meses después de fallecido Fr. Rafael. Ese libro es una perla de inestimable valor. Para dar á conocer los principales rasgos de la vida extraordinaria de este amante devoto de María, é informar al pueblo cristiano de la misión del religioso, lo mejor que podemos hacer es extractar ese libro precioso, escrito con efluvios de amor brotados de lo más íntimo del corazón.

Celestino Goulesque nació en la Campaña en 1854, de padres no muy esclarecidos por su fortuna, pero sí por la piedad y honradez que en ellos brillaba. En el regazo materno, junto con el sustento corporal, recibió su alma los gérmenes de una vida sobrehumana consagrada totalmente al amor de Jesús y de su bendita Madre. Por eso más tarde, siendo ya religioso, recordaba en sus cartas con indecible placer que su madre fué la primera en encender en su espíritu el amor á esos dos astros de la vida que tan impresos habían quedado en su alma, y tan profundamente influyeron en su destino. La lectura de libros piadosos y la enseñanza oral del Evangelio, que tenía lugar diariamente en su casa, amenizadas con las sonrisas paternas y los abrazos de una madre cariñosa instruían al tierno niño en las verdades capitales de nuestra religión, y le inspiraban el amor á todo lo grande, duradero y eterno de que es capaz nuestro corazón. De este modo venía á ser su casa un santuario donde la pie-

dad crecía sin esfuerzos, el mundo entero un templo donde Dios habla al alma manifestándole sus atributos inefables, y donde el alma responde á Dios con palabras de alabanza y de reconocimiento.

A la edad de 11 años entró en el Seminario para iniciar su carrera eclesiástica. Por entonces hizo también su primera comunión. Este acto es uno de los más sublimes y memorables de la vida, sobre todo cuando la visita del Cordero inmaculado «que renueva la juventud» (Ps. XLII, 2), encuentra al alma en su candor bautismal. Una alianza poderosa y vital, la alianza del amor puro y ardiente que sabe morir por el amado, quedó firmada desde entonces entre aquella alma angelical y el Prisionero del Sagrario. Por eso sus aspiraciones al sacerdocio tomaban cada día más consistencia. El deseo de acrecentar la gloria de Dios y de extender su reino, la perspectiva de un sacrificio heroico en provecho de las almas, la esperanza de llegar á la santidad por la práctica de las virtudes, todos estos elevados pensamientos tan dignos de cautivar un corazón generoso agitaron desde entonces el suyo inflamado al contacto de la Eucaristía.

Siete años permaneció en el Seminario, y tuvo siempre estos años por los más felices de su juventud. Jamás habló de sus maestros ó de sus condiscípulos sin enternecerse: ellos á su vez han correspondido liberalmente á este tributo de afecto y gratitud. A los 19 años ingresó en el Seminario de estudios Superiores de Albi. Los PP. Lazaristas, sus directores, cultivaron con acierto la sencillez y humildad que adornaban aquella alma escogida. De estas dos virtudes como de una doble fuente de santidad emanó otro sentimiento sobrenatural que se apoderó totalmente de su corazón: era éste un deseo vehementísimo de ir á predicar el Evangelio en tierras extrañas, á fin de consagrarse sin reserva á la salvación de las almas, de abrazar más estrechamente la cruz, y de morir como su divino Maestro.

El año 1878 fué para él una de esas épocas que señalan las distintas fases de nuestra vida. Su vocación, vagamente manifestada, acentuóse sensiblemente con la muerte de su madre. Este suceso desgarró su corazón; pero en medio del inmenso dolor en que estaba sumido, una luz celestial brillaba en su alma. Su porvenir estaba fijado: sabía lo que Dios exigía de él. En una carta escrita por entonces á su herma-

na, religiosa de Santo Domingo, después de notificarle su próxima ordenación de subdiácono, continúa así: «Tengo que comunicarte aún otro asunto. Estoy decidido á entrar en religión, y prefiero hacerlo en la Orden de Santo Domingo. No creas que he preferido esta Orden á las demás por pertenecer tú á ella, sino que una manifestación evidente de la voluntad divina me impulsa á seguir este camino. Espero ser dichoso muy pronto, cuando me encuentre allí donde el divino Maestro me llama. ¡Oh qué gozo será el mío cuando pueda vestir el hábito de los Hermanos predicadores! Si me amas, hermana mía, ruega por mí».

La resolución estaba tomada: pocos días después Celestino ó Rafael, como en adelante quiso llamarse, vestía el hábito dominicano en el célebre convento de San Maximino. Su corazón debió experimentar torturas indecibles al separarse de la familia para encerrarse en el retiro del Claustro. Asaltado frecuentemente por una nostalgia importuna, tuvo que luchar contra los sentimientos de la carne y de la sangre. «Era una tarde, escribe él, en que íbamos de paseo, pocos días después de mi entrada en religión. Yo había llorado lo indecible pensando en mis padres, sobre todo en aquel padre anciano á quien el espíritu maligno me lo representaba como agonizando de dolor á causa de mi partida (1). Al volver de paseo dí á conocer á mi Padre Maestro este dolor. El me escuchó afable y bondadoso, y me recomendó al *Consuelo de los afligidos*, á la Virgen María, y esta compasiva Madre se dignó enviarme consuelos increíbles. Al día siguiente me levanté alegre y contento, no sabiendo de dónde me pudo venir tanta dicha, puesto que la víspera estaba sumido en el abatimiento. ¡Oh María, gracias mil por vuestra bondad sin límites!»

Aunque alejado de sus hermanos, permanecía sin embargo unido íntimamente á ellos, interesándose, como era natural, por su formación cristiana. Escribiendo á una de las hermanas que había quedado en casa le dice: «Sé como una segunda madre para mis hermanitos Federico y José. Enséñales á pedir á Jesús y á invocar á María en toda ocasión, como me lo enseñaste á mí. Te doy las gracias porque continúas leyendo ó haciendo leer en familia la vida de algún

(1) Había partido sin despedirse de este anciano para ahorrarle el sentimiento de una separación dolorosa.

santo ó la explicación del Evangelio. Te aseguro que estas lecturas me han sido siempre muy provechosas. Enseña á esos dos niños á rezar cada día, una breve oración á la Santísima Virgen, para que les conceda la gracia de vivir bien y de conocer más tarde su vocación..... No descuides la educación de esos dos ángeles.»

En otra ocasión queriendo recomendarles la devoción á la Santísima Virgen, les refiere la siguiente anécdota: «Habían enseñado á un pajarillo á pronunciar *Ave María*. Por las mañanas comenzaba sus cantos repitiendo este saludo. Un día dejándose llevar de la pereza, se olvidó de él, y cuando menos lo esperaba vió un gavilán revoloteando sobre su cabeza pronto para caer sobre él y devorarlo; mas el pajarillo se apresuró á gritar *Ave María* y el gavilán al instante cayó muerto. ¿Comprendéis esta preciosa historia? El pajarillo que pronuncia diariamente *Ave María* es el alma fiel, sois vosotros mismos. El gavilán es el demonio que os busca para devoraros..... Mientras invocáreis á María, el demonio huirá vencido; pero el día en que dejáreis de saludar á esta buena Madre, vuestro cruel enemigo estará á vuestro lado esperando la ocasión de perderos. Sin embargo, si arrepintiéndoos de vuestra negligencia, os apresuráis á decir *Ave María*, el demonio caerá vencido á vuestros pies. Sí, vosotros sois niños sin experiencia: sed ante todo fieles hijos de María.»

(Continuará).

SECCION DE NOTICIAS

El Rosario en Salamanca. — Con la solemnidad y esplendor de otros años, se han celebrado la novena y el mes del Rosario en la Iglesia de San Esteban. La procesión fué como siempre, un extraordinario acontecimiento. A ello contribuyó la asistencia de todo el clero parroquial, del Seminario Conciliar, de varios colegios eclesiásticos, de representaciones de varias Ordenes religiosas y de una inmensa multitud de fieles, (cofrades del Rosario y terciarios dominicos en su mayor parte) que recorrieron las principales calles de la ciudad cantando devotamente el Santo Rosario y dando ejemplo de edificación con su piedad, orden y compostura. A la vuelta de la procesión al templo de Santo Domingo, una muchedumbre de varios miles de personas invadió la espaciosa nave para ver la imponente ascensión de la Virgen á su camarín y darle una amorosa despedida. Esta se terminó con entusiastas vivas y aclamaciones á la Virgen del Rosario, á Santo Domingo y á su Orden Tercera.

Religión y patriotismo. — La región aragonesa ha demostrado una vez más su patriotismo, enviando á Melilla una comisión, presidida por el

alcalde de Zaragoza, con muchos regalos, consistentes en dinero, ropas y alimentos, para obsequiar á los soldados aragoneses en el día de su Patrona la Virgen del Pilar. No echaron en olvido que los hijos de Aragón son tan religiosos como valientes, y por eso les llevaron once mil escapularios bendecidos por el excelentísimo Sr. Arzobispo en la Basílica del Pilar. Así pudieron aquellos defensores de la patria, tener un día de solaz en el campamento, regalándose con el agasajo de sus paisanos después de celebrar por la mañana una función religiosa á su adorada reina la Pilarica.

Día de luto. — Lo fué para la Orden de Santo Domingo, el día 4 de Septiembre, por la muerte de dos de sus hijos que sobremanera la ilustraron y enaltecieron con sus virtudes y méritos personales. Fué uno el Ilmo. Sr. D. Fr. Jorge Barlin, Obispo de Nueva Cáceres, de Filipinas. Había venido en Mayo á Roma para hacer la visita *ad limina*, y á poco de llegar cayó gravemente enfermo. Su Santidad se interesó vivamente por el ilustre enfermo y por fin le envió, por medio del Cardenal Vives, la bendición apostólica. A sus funerales asistieron, además del Maestro General de la Orden de Predicadores, y de los Dominicos españoles, el dicho Sr. Cardenal Vives, representaciones de todas las Ordenes Religiosas y gran muchedumbre de sacerdotes y personas seglares.

El otro ilustre finado es el célebre orador y literato P. Vicente Lombardo, que falleció en Palermo á la avanzada edad de 73 años, de los que vivió 56 en la Orden de Santo Domingo. Fué recibido en ella por el Rvmo. P. Vicente Jandel y hasta su muerte no cesó de honrar el hábito con su ciencia, con sus dotes de gobierno y con sus virtudes. De su saber dan testimonio los conventos de Düsseldorff (Prusia), Gratz (Estiria) y muchos de Italia en los que enseñó todas las ciencias eclesiásticas, con tal reputación, que mereció ser apellidado por sus discípulos el *Doctor clarus*. Igualmente manifiestan su talento y su erudición los muchos libros que escribió y en especial sus conferencias, en las que muchas veces tuvo por oyentes y siempre por admiradores, á César Cantú, Augusto Conti y al Cardenal Capeceletro: este último le llamaba el *Monsabré de Italia*. Sus dotes de gobierno las proclaman la restauración de la provincia dominicana de Sicilia por él restablecida, los muchos conventos que fundó y los oficios de Prior (que desempeñó muchas veces), Vicario General de Sicilia y Provincial que le fueron encomendados por la obediencia. De sus virtudes mucho pudiéramos decir, si tuviéramos espacio. En la observancia regular era ejemplarísimo; su humildad le hizo declinar, siempre que pudo, los altos cargos que le ofrecieron, entre otros el de Procurador General de la Orden y el Arzobispado de Catania; su paciencia y resignación fué bien probada en veinte años que sufrió los dolores y las crueles operaciones quirúrgicas, que le ocasionó un tumor en la espalda, al que, al fin, ha sucumbido. Su muerte ha sido muy sentida en toda Italia. Palermo hizo una verdadera manifestación de luto, pues en torno al cadáver se reunieron las personas más notables de la ciudad, Senadores, Diputados, nobles y eclesiásticos. La guardia municipal, vestida de gala, escoltó el féretro durante los funerales y al ser conducido en lujoso coche, tirado por cuatro caballos, á la estación del ferrocarril, para ser transportado al convento de Acireale, donde el ilustre Padre quiso ser enterrado.

Para los dos esclarecidos difuntos pedimos una devota oración á nuestros lectores.